

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 127.

Alicante 26 de Abril de 1873.

Año IV.

## EL CARDENAL GARCÍA CUESTA.

El día 14 del presente mes fué día de luto para la Iglesia Española. Cuando el error quiere levantarse triunfante en nuestro suelo, cubriendo con sus sombras la luz de las inteligencias, la pérdida de un sábio, astro refulgente destinado á disipar en su carrera esas funestas sombras, es una pérdida lamentable y dolorosa. Cuando en esta época de cobardes transacciones y vergonzosas condescendencias se eleva uno de esos grandes caracteres sobre la comun debilidad, es él la mano fuerte que sostiene á los débiles y la columna abriantada que guía á los caminantes del desierto; y no puede menos de sentir pena el corazón y tristeza el alma al ver extinguida por la muerte aquella luz de los genios y aquella fortaleza de las virtudes.

Aquel hombre cuya mirada reflexiva y profunda era como el reflejo visible de una vasta inteligencia; aquel hombre cuya palabra, ora severa como la verdad eterna, ora inspirada, dulce y persuasiva como el eco de la caridad, tan-

tas veces habia resonado por los ámbitos de nuestra nacion católica, ha bajado á la region de los sepulcros, dejando un vacío en el episcopado español, de sustitucion bien difícil. Filósofo profundo, acreditado teólogo, celosísimo pastor del rebaño de Jesucristo y ardiente defensor de los derechos de la Iglesia, admiró la asamblea constituyente de 1869 sus brillantes discursos y sus vastos conocimientos, cuando, en nombre de su provincia, pedia la unidad religiosa para la nacion amenazada de males sin cuento y desórdenes incesantes.

El antiguo rector de la célebre Universidad de Salamanca no desmintió en el congreso la merecida fama de su tan raro talento. Ni las mas picantes frases, arrojadas de intento á su mansedumbre, pudieron lograr fuese desmentida su inalterable serenidad, ni las amenazas de proceso, convertidas luego en realidad dolorosa é injusta, pudieron doblegar la firmeza de aquel carácter parecido al de un S. Ambrosio.

Hijo de la verdadera democracia, la democracia cristiana, la cual no reconoce en los hombres mas timbres que la virtud y el talento, se

elevó desde la humilde condicion de fámulo del Seminario de Salamanca hasta la dignidad de príncipe de la iglesia, Arzobispo de Santiago y Cardenal. Al remontarse á tan alto puesto el señor Cuesta, no fué jamás impulsado por la ambicion y la gloria, siempre enemigas de aquella modestia acreditada en el celo del Párroco, cuando lo fué, y en la sencillez del Obispo, en las distintas diócesis que sucesivamente gobernó antes de ser llamado á Compostela.

El Seminario que le vió servir como fámulo, le escogió luego para catedrático y rector, desempeñando iguales cargos despues en la Universidad.

En las distintas ocasiones en que el Sr. Cuesta estuvo en Roma, fué distinguido por el Santo Padre con especial cariño, benevolencia y respeto, y fué admirado su saber por el colegio de Cardenales.

Un ministro de nuestra nacion, que invadió el inviolable terreno de la Iglesia en una circular atrevida, vió antesí la enérgica y al par respetuosa figura del Sr. Cuesta, protestando de la arbitrariedad del ministro y demostrando los derechos de la Iglesia, cuyos fueros tan caprichosamente se hollaban. Esta noble actitud del Prelado le valió la prohibicion de acompañar á Roma al Episcopado español, cuando se iba á celebrar el Concilio del Vaticano. Por este medio se privó á la iglesia de España de un miembro que mas y mas hubiese contribuido

á demostrar al mundo en aquella universal asamblea, que aun era España aquella que tres siglos há le habia asombrado en el Concilio Tridentino.

Quisiéramos tener mas espacio y mas pormenores para consagrar nuestro SEMANARIO con una verdadera y estensa biografía del insigne prelado que ha dejado huérfana la Iglesia de Santiago; pero á no ser esto posible, basten estas mal trazadas líneas para dar testimonio de nuestro respeto y amor á la memoria del llorado Arzobispo, y del verdadero pesar que nos causa su pérdida en unas circunstancias tan críticas y azarosas, en las que tan importante papel desempeñan hombres de tan raras dotes como el señor Cuesta, prelados tan dignos y eminentes como el de Compostela.

J. B.

---

El Excmo. Ayuntamiento de esta capital, siguiendo la piadosa y nunca interrumpida costumbre de sufragar los gastos de peregrinacion al monasterio de la Sma. Faz, en el dia en que ambos cabildos deben cumplir el voto anual de la funcion religiosa que en aquel se celebra, entregó religiosamente y de antemano las pequeñas cantidades que se destinan á dicho objeto, inclusa la limosna de doscientos reales para las religiosas de aquel convento.

---

Al hacernos cargo de la comunión general que tuvo lugar en el Hospital militar el pasado domingo, nos place copiar el suelto en que la refiere *El Constitucional*:

«El domingo á las siete de la mañana empezó la misa cantada, que debia preceder al acto de dar la comunión á los empleados y enfermos del Hospital militar de esta plaza. Asistió al acto el señor Gobernador militar, acompañado de los jefes y oficiales francos de servicio pertenecientes á los cuerpos é institutos de la guarnición.

La misa fué cantada con acompañamiento de armonium por orquesta, ejecutado todo por devotos aficionados. Terminada, salió el Señor bajo páblio, precedido de la oficialidad, llevando el brigadier Gobernador el pendon, y los jefes mas caracterizados las varas de aquel. Llegados á la sala de los enfermos, se administró la Comunión en medio de los brillantes uniformes de la oficialidad y numeroso gentio que habia asistido á la misa y al acto; todo lo cual daba, en aquel reducido y modesto espacio, un tinte de recogimiento y elevacion difícil de describir. Nuestra alma se dilataba, porque comprendiamos la grandiosidad del Dios de las Misericordias, y sentiamos no poder contribuir á la salud del cuerpo de los que, dolientes en la cama, recibian la del alma de manos de un ministro de la religion cristiana, emblema de todo lo bello, de todo lo dulce, de todo lo sublime. Entramos respetuosos, pero salimos satisfechos por la expansion de nuestro espíritu que, trasportado á regiones elevadas, comprendia una vez mas lo bello que es sentir fé en Dios.»

El sábado se celebró en la iglesia de Capuchinos de Cadiz, con una concurrencia extraordinaria, una solemne misa en desagravio del derribo de la imágen de Nuestra Señora, que existia sobre una columna delante de aquel templo.

El acto, dice *El Comercio* de aquella ciudad, era de suyo conmovedor; pero la emoción de los asistentes llegó al punto de que todos, sin escepcion alguna, prorumpiesen en tierno llanto, cuando el dignísimo sacerdote que celebraba el Santo Sacrificio, terminado este, se volvió al pueblo pidiéndole que rezase una Salve por la conversion de los profanadores.

---

Con la triste mision de celebrar de pontifical en los funerales del Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago, ha salido de Tuy el dia 16 el Prelado de aquella diócesis, accediendo á los deseos del Ilmo. Cabildo metropolitano.

La Juventud Católica de Madrid por su parte ha dispuesto una session extraordinaria para el jueves 24 del corriente, á las ocho y media de la noche, dedicada á la memoria del Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago, valeroso defensor de la unidad religiosa en España.

---

## EN LA MUERTE DE JESÚS.

---

Nuestro Dios es: esa cruz  
La alzó ayer nuestro pecado,  
Y en ella espira clavado

Triste el Autor de la luz.  
 Velo de negro capuz  
 En el cóncavo azul flota;  
 Horrisono el mar azota  
 Con sus espumas la arena,  
 Y triste y llorosa suena  
 Mi pobre cítara rota.

Es Dios: su mano clavada  
 Sostiene el sol en el cielo,  
 Y como luciente velo  
 Nació el alba á su mirada.  
 Su aliento avivó la nada,  
 Y con estrellas divinas,  
 Y luces mil peregrinas,  
 Trenzó corona á su frente,  
 Y hoy su corona esplendente  
 Una corona es de espinas.

Turba vil la cruz rodea  
 Burlándole en su agonía,  
 Y sobre la turba impía  
 Su pura sangre gotea.  
 Eterna y sublime idea  
 Le tiene en la cruz clavado,  
 Y el pueblo vil que ha pecado  
 Le burla con eco inmundo,  
 Y parece alegre el mundo  
 Viendo á Dios crucificado.

Pero no, que han de llorar  
 Su muerte con triste anhelo,  
 El monte, la vega, el cielo,  
 Las piedras, el sol y el mar;  
 Y en doloroso clamar  
 Y en universal aliento,  
 Voces ha de dar al viento  
 Que inmenso dolor encierra,  
 Triste y llorosa la tierra  
 En infinito lamento.

Vedle allí: el rostro caído  
 Sobre el pecho desgarrado,  
 Y en sangre el lábio bañado,  
 Y en santa cruz estendido:

Vedle triste y abatido;  
 Sin luz su dulce mirada,  
 Reo de la tierra osada  
 Que siente que Dios espira,  
 Y vil y loca delira  
 Como bacante embriagada.

Y es que no vé que en el cielo  
 Con tormentoso atavío  
 Vistió el sol su poderío  
 Negando su luz al suelo,  
 Y no mira el desconsuelo  
 De su Dios á quien enclava,  
 Y con lágrimas no lava  
 La muerte del Justo y bueno,  
 Que con sangre lava el cieno  
 De su túnica de esclava.

Mas ¡ah! ya escucha el clamor  
 De la mar embravecida,  
 Y siente á natura herida  
 De inconsolable dolor.  
 De las piedras al fragor  
 Y del viento al reluchar,  
 Oye al cielo suspirar  
 Con triste, infinito duelo,  
 Y sabe que llora el cielo,  
 Y que ella debe llorar.

Llora, sí, y á Dios levanta  
 Su frente siempre abatida,  
 Que Dios ofrece su vida  
 Por tu libertad mas santa.  
 Llora, levántate y canta,  
 Y con miradas serenas,  
 Y libre de amargas penas,  
 Y de mundanales lazos,  
 Rotas verás en pedazos  
 Ante la cruz tus cadenas.

Gime y con dulce cancion  
 Loa al Redentor del mundo,  
 Que en sacrificio fecundo  
 Comprara tu salvacion.  
 Ofrécele el corazon

Cual prenda de amor y anhelo,  
Y desde hoy el azul velo  
Do engarzan soles sus manos,  
Mire en los hombres hermanos  
Que van en busca del cielo.

Mira en Él tu Redentor  
Y su pena te taladre,  
Que sola llora su Madre  
La pérdida de su amor.  
Llora con Ella el dolor  
Que su corazón lacera,  
Y abraza con fé sincera  
Esa cruz santa y bendita,  
Desde donde Dios te grita  
Que allá en el cielo te espera.

Llora como llora el mar  
Envuelto en velos de espuma,  
Zanjas bordando de bruma  
Que vé en los cielos flotar;  
Gime cual gime el tronar  
De arrebatada tormenta,  
Y como un monte que asienta  
Su pié en un pobre torrente,  
Y en su descarnada frente  
La cruz bendita sustenta.

Llora, y en duelo divino  
Sigue la huella sagrada  
Que con su sangre regada  
Dejó Dios en su camino;  
Llora, y triste peregrino  
De este valle que has amado,  
Mira la cruz prosternado  
Y advierte libre de penas,  
Que á su pié están tus cadenas,  
Y en ella Dios ha espirado.

Juan B. Pastor Aicart.

Distribuido en muy bellos y vivos cuadros, ha publicado el señor Suarez Bravo un libro titulado *Es-*

*paña demagógica*: en ellos, despues de oportunas reflexiones, se hace cargo el autor de la multitud de enemigos que combaten al catolicismo. En el cuadro décimo tercero que lleva por epigrafe, *los nuevos matadores del catolicismo*, alude en último término al *espiritismo*, y son oportunas las líneas que consagra á la flamante escuela, para distraer el mal humor de cualquier *espíritu bilioso*.

Con permiso, pues, del autor, vamos á trasladar á nuestras columnas las referidas líneas, tan ilustradas como festivas.

«Ahora tenemos en campaña una tontería vieja vestida de nuevo con un traje mitad religioso y mitad filosófico. Cuando se ve atacada como religion, se vuelve del lado de la filosofía; cuando se la ataca como filosofía, se vuelve del lado de la religion. Por uno y otro lado hace reir; pero como los entendimientos que han perdido la fé religiosa son capaces de creer en un palo de escoba, y como por otra parte atravesamos un período en el cual la necedad, sólo por serlo, goza de derechos privilegiados; los sectarios del nuevo culto, revestidos de autoridad oficial, empiezan á mostrar conatos de impedirnos la libre emision de la risa. Nos referimos al *espiritismo*, ó á la *ciencia espirita*, ó de los *mediums*, ó de la *mediumnidad*, ó de las *humanidades*, ó de la *reencarnacion*, ó de lo que VV. quieran, ya que esta quisicosa, despues de romper con el sentido comun, no tiene para qué guardar miramientos con la lengua castellana.

Lo primero que se ocurre al pasar la vista por la nueva religion-ciencia, es que ha debido ser inventada por algun

mueblista, como quiera que los espíritus, que podrían estar con más comodidad en el aire, en el agua, en los árboles y en las plantas, demuestran una predilección chocante por los muebles de las habitaciones. Entre estos hay uno especialmente favorecido por ellos: es este el «trípode más ó menos semejante al artefacto que sostiene la palangana de diario uso,» según lo designa elegantemente un libro de la casa (1), que se vende en las librerías, pero que yo dudo mucho que se compre. Confieso que no puedo explicarme esta predilección de los espíritus por el aguamanil, á no ser que con esto quieran dar á entender, ó que son aficionados á la limpieza, cosa que me parece muy razonable aunque quizá poco olímpica, ó que gustan de andar en tres piés, lo cual constituye, á no dudarlo, un término medio ingenioso entre la locomoción de los racionales y la de los cuadrúpedos.

Tras de esta primera observación, acerca de cuya seriedad no disputaremos, viene otra de índole más trascendental, que hasta cierto punto nos aclara la afición de los espíritus á andar en tres piés.

Hasta ahora creíamos por una multitud de razones, que estos debían estar infinitamente más adelantados que nosotros; pero la *ciencia espírita* se ha encargado de demostrar que el hombre que come y bebe discurre mucho mejor y sabe mucho más que ellos. Baste decir que los espíritus de Dante, Homero, Sócrates, Herodoto, Virgilio, Moisés, Aristóteles, Alejandro, Napoleon, etc., etcétera, sostienen conversaciones muy tiradas con los espiritistas por medio del consabido aguamanil; y ¡cosa rara! es-

tas poderosas inteligencias, que supieron decir en vida cosas tan buenas, no aciertan á decir en espíritu más que simplezas. Mal debe andar la instrucción pública por las regiones que habitan: cualquiera diría que desde que se murieron no acertaron á salir «del trípode más ó menos semejante al artefacto que sostiene la palangana de diario uso.» Verdad es que la *ciencia espírita* no sabe nada acerca de los lugares donde residen; pero le consta, y no hay más remedio que creerla bajo su palabra, que estos no son ni la gloria, ni el purgatorio, ni el infierno.

En el libro arriba mencionado se lee una introducción, firmada nada menos que por el *espíritu de Pitt*, que ¡así Dios me guarde! parece escrita *in integrum* por un *medium* de la secta. El mismo estilo enmarañado y ampuloso, que, como la nueva religión, ni sabe á dónde va, ni de dónde viene: allí se habla de una *humanidad que empieza á conocer á sus hermanas las humanidades*—¡sopla!—y de una *inteligencia que rompe el círculo de hierro que la intolerancia ciñera en su disco luminoso*, y de un *mundo que entra en el infinito justicia*, y de otra porción de cosas tan faltas de razón como de gramática. Se nos figura que no había necesidad ninguna de molestar á Pitt, que, como buen inglés debe ser amante de la quietud, y sobre todo de la utilidad, para obligarle á decir lo que cualquier periodista medianamente versado en la fraseología moderna podía haber dicho tan mal y tan oscuramente como él. Es preciso confesar que la idea de elegir para decir estas cosas el espíritu práctico de un inglés, y sobre todo de un inglés como Pitt, para quien no existían más *humanidades* que la humanidad inglesa, y que pasó su vida

(1) Preliminares al estudio del espiritismo.

combatiendo la ideología revolucionaria con prosáica metralla de balas y de guineas, podrá ser todo lo espiritista que se quiera, pero acusa una carencia absoluta de sentido estético.

Si estos señores se limitaran á celebrar sus aquelarres públicos ó secretos, dedicándose á la observacion de los fenómenos inexplicables ó inexplicados que crean presenciar, sin meterse en mas honduras, podria perdonárseles esta inocente, aunque peligrosa, diversion. Pero que á propósito de una silla que ejecuta por si sola una contradanza, ó de un armario que cambia de sitio, pretendan fundar nada ménos que una nueva teología, proclamando la muerte de todas las religiones presentes y futuras; antójasenos el colmo de la extravagancia. Yo no sé si ignoran, ó fingen ignorar, que su doctrina de las *humanidades que pueblan todos los mundos*, fundada en la hipótesis de hallarse habitados los planetas que pueblan el espacio, sobre no ser nueva provoca la siguiente pregunta, que quedará eternamente sin contestacion: «¿Por qué estafeta han recibido la noticia?» Respecto á lo que ellos llaman la *reencarnacion*, se ve que es un andrajo viejo sacado del almacén de desperdicios de la filosofía: es, segun todas las señales, la arrinconada teoria de la *metempsicosis*. En cambio, lo que le falta á su sistema de nuevo, le sobra de absurdo. Y ¿cómo calificar la pretension de que los creamos á ellos bajo su palabra, negando de paso nuestro asenso á los solemnes testimonios de la revelacion, de la historia y de los siglos? Lo confieso sin rebozo: si me obligasen á elegir entre la escoba de las brujas y el aguamanil espiritista, me quedaria con la escoba, porque ésta al ménos sirve para andar por los aires.

La doctrina católica, á la cual no co-ge nunca de sorpresa ningun fenómeno del mundo moral, podria explicar á los nuevos alucinados los hechos misteriosos que les traen tan asombrados, y que no saben descifrar; pero, ¿cómo han de resignarse á cambiar el papel de apóstoles y de taumaturgos por el de simples creyentes? De todos modos, si ellos tienen realmente comercio con los espíritus, la cuestion queda reducida á lo siguiente: á que hoy se llaman *espiritistas* los que ayer se llamaban *espirítados*.

## PROPIEDAD Y TRABAJO.

¿Qué hizo la religion por la propiedad y el trabajo? En primer lugar, Jesucristo no solo no proclamó la comunidad forzosa de bienes, sino que sancionó y amparó la propiedad individual, al confirmar *la ley* los preceptos noveno y décimo del Decálogo. Otorgó al hombre la parte que como cooperador tiene en la fecundidad de la tierra, y le hizo dueño del suelo abonado con su sudor, justo patrimonio de sus descendientes, que son la prolongacion de su ser en el tiempo, y los guardadores del producto de sus fatigas y vigiliass. Este es el derecho proclamado por el Evangelio. Dios no consagró esa distribucion que proclama al trabajo y á la tierra como capitales sociales, que tal equivaldria á la servidumbre general; pues la propiedad solo es un bien cuando la inviolabilidad de su derecho la asegura contra la voluntad del soberano, depósitario, en último caso, bajo el régimen comunista, de todos los elementos colectivos, áun de aquellos que, cimentados en propiedades naturales é indestructibles, per-

tenecen sola y exclusivamente al individuo. ¿Hay nada mas absurdo que contemplar á los hombres ejerciendo oficios y profesiones diversas por la voluntad soberana del que rige los destinos de una sociedad? Y ¿quién no ve en esta distribución del suelo y del trabajo el ilotismo universal, proclamado como medida organizadora y justa, y la pobreza y envilecimiento de todos los hombres al grito insensato de «no mas pobres?» ¿Era posible que la doctrina emanada de un Dios infinitamente sábio llevara en sí tan risibles y desorganizadores principios? El Evangelio proclamó la libertad humana, dió al hombre la propiedad inenágenable del trabajo aneja á su personalidad, estableciendo de tal suerte un justo nivel entre el propietario de la tierra y el que saca de sus entrañas la fecundidad y la vida.

Dirá alguno quizás: ¿por qué entonces la lucha entre elementos que decís nivelados? ¿Por qué el desconcierto entre el capital y el trabajo? ¿Por qué la guerra entre el rico en tierra y el poderoso en fuerza, actividad é ingenio? ¡Ah! El Evangelio atajó tambien esa lucha con sus máximas, que la sociedad puede desconocer ú olvidar, pero cuyo acatamiento es la salvacion, el concierto y la vida de todos. El Evangelio, dando al rico el usufructo de sus bienes bajo la norma de sus necesidades, creó para el pobre un segundo capital en lo supérfluo de aquel, reprobando así para siempre en el depositario de la tierra la avaricia, la voluptuosidad y el orgullo, y señalando de esta suerte en sus leyes sobrenaturales un principio eterno de armonia entre el rico y el pobre, entre la desigualdad necesaria y la unidad precisa. El derecho divino creando el bienestar moral, la dignidad y la virtud del pobre, é inclinando al poderoso á destinar

una parte de su fortuna al miserable, hizo volver la vista de la humanidad entera hácias las fuentes puras é inagotables de la eternidad. ¿Qué doctrina mas fecunda? ¿Qué mansion mas grande y mas hermosa para el hombre y para la sociedad que la mansion inconmensurable de lo infinito?

En cambio los novadores modernos niegan á Dios y pretenden borrar del mundo todo infortunio, estableciendo la sociedad bajo el principio de igualdad completa. ¡Como si la desigualdad no fuese una de las leyes mas constantes que rigen la vida y hasta la belleza del mundo, y una condicion gloriosa para el Criador y para el hombre! Quitad del mundo moral esa asombrosa diversidad de gustos y de talentos, y morirán para siempre las acciones mas sublimes, dado que las virtudes que mas honran al hombre reconocen por origen ese plan de desigualdad que torpemente se critica. Los socialistas, atentos á la superficie de las cosas, buscan en la igualdad de condiciones un mundo mejor, extraviados por caprichosas ilusiones. Aqueja á nuestro espíritu ansia de lo que no posee, aunque en su satisfaccion halle luego angustias y dolores. El campesino se afana por el fausto y opulencia del cortesano, y este suspira por la suerte y quietud de aquel, por el trabajo que sazona una vida libre de tormentos y ambiciones. Y es que la felicidad solo vive en el corazon. Salomon, aquel sábio rey, de quien aprendieron lo que despues enseñaron Pitágoras, Sócrates, Platon y Aristóteles, confiesa que no es dichoso; Alejandro, despues de vencer al mundo, llora sobre sus trofeos; y Tiberio, disgustado de su poder, corre á encerrarse en la isla de Caprea. Estas razones nos mueven á decir que hay en la sociedad menos desigualdades de las

que muchos suponen, y que aun las que existen son el gérmen de las grandes acciones y el mas sólido asiento del mundo moral y del físico. La pena nos inclina al deber, y el dolor nos hace hermanos de la virtud. La dicha no es el goce desarrollándose sin freno en la fiebre enervante de la ociosidad: ¡cuántos opulentos habitantes de nuestras populosas ciudades, al contemplar desde lo alto de una montaña un extenso valle regado por el sudor del hombre, y al mirar los labriegos encorvados sobre la tierra largas horas, comer gozosos á la sombra de un árbol y volver á la caída de la tarde, envueltos en las últimas luces del crepúsculo, al umbral hospitalario de sus chozas, entonando su rústica y alegre cantinela, no habrán deseado cambiar sus riquezas por aquellos dias fatigosos pero felices! Sin duda por esto la poesía ha colocado la virtud y la dicha fuera de la pesada atmósfera de las ciudades, dispersadas por los bosques, á orilla de los rios, al pié de las montañas: y aun los dioses mitológicos bajaban del Olimpo, y se detenian gustosos en los risueños valles, en las llanuras fértiles y al pié de los trojes hacinados por la tosca mano del campesino.

Y prescindiendo del concepto de la poesía, y acudiendo á la fuente purísima de rectas y elevadas ideas, hallaremos en el cristianismo á nuestro divino Redentor, apoyando al nacer su cabeza sobre un puñado de pajas, lejos de la opulencia de las ciudades.

La dicha del pobre no está en esa igualdad imposible, ni en esa repartición de la tierra, que juzga equitativa y justa la Internacional en su embriaguez de indigestas doctrinas: la felicidad del pobre (como la del rico) está en su alma, está en la religion, sin la cual solo aumentará su ambicion, su orgullo y su in-

felicidad. Porque, ni es rico el que mucho posee, si mucho desea, ni pobre el que poco tiene, si con ello está contento; que con la ardiente sed de oro y el inmoderado empleo de las riquezas, no se cumple la felicidad humana. Nuestro Rioja prorumpe, en su epístola moral á Fabio, con aplaudida inspiracion y grandísima verdad:

Un ángulo me basta entre mis lares,  
Un libro y un amigo, un sueño breve;  
Que no lo enturbien deudas ni pesares.

Quizás alguno tache tales doctrinas de infecundas declamaciones y las juzgue estériles para regular la lucha que se ha despertado en la sociedad presente: ¡se engañan! Que el rico ame al pobre y le socorra; que el pobre respete al rico, y fijo en los inefables goces de la santidad, sienta los apetecibles y tranquilos, aunque menos intensos, que hemos descrito, y que concurren al providencial orden humano; y dígase entonces, ¿no lleva en su sávia divina la doctrina de Jesucristo una fórmula de orden social eminentemente práctica?

La virtud social del cristianismo ha sido reconocida, no solo por los escritores católicos, sino hasta por los apóstoles del error. Renan, el racionalista de estos últimos tiempos, dice así: «Hacer de la pobreza un objeto de amor y de codicia, elevar al mendigo sobre el altar, santificar la miseria, es un golpe maestro.» Y mas adelante añade: «Para que la humanidad pueda soportar su pesada carga, necesita abrigar la creencia de que su paga no consiste solo en el precio de su salario; el mayor servicio que puede hacérsele es repetirle con frecuencia que no vive únicamente del pedazo de pan que lleva

## VARIEDADES.

á sus lábios. (1)» Y es que la razon, aun la que tristemente se agita en el mar proceloso de la duda, como celosa de justificar su purísimo origen y su preclara fuente, toca á veces, despues de angustiosa tormenta, en las risueñas y serenas playas de la verdad.

Contéplense, pues, todas las afirmaciones sociales que irradian lógicamente de la apacible doctrina del Salvador; véase la fórmula religiosa cobijando en su seno sagrado la única doctrina social progresiva, y júzguese de la necesidad urgente de popularizar y practicar sin tregua los grandes principios de respeto á Dios y al prójimo, estableciendo la sociedad en su único punto posible de reposo; el de las creencias religiosas.

Sin religion no hay hombres felices, ni trabajo fecundo y tranquilo, ni propiedad digna y provechosa, ni familias honradas y bienhechoras, ni Estados firmes y seguros: sin esa idea sublime el hombre es un ser feroz ó abyecto, la familia se disipa, la nacion es un edificio construido á la ligera y en el aire, que los vientos de enconadas pasiones combaten y agitan sin cesar: y porque así lo entendia y de tal suerte juzgaba la sana filosofia, aun antes del cristianismo, dejó Platon escrito: *Religio vera est firmamentum Reipublicæ.* (2)

*Antonio Garcia Maceira.*

(1) Vida de Jesús, cap. XI.

(2) Lib. IV de Legibus.

### DOCUMENTOS HISTÓRICOS

SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE,

por el Pbro. M. Lamazou.

Traduccion de D. Carlos Maria Perier.

PRÓLOGO DE M. LAMAZOU EN LA CUARTA EDICION FRANCESA.

Mi trabajo sobre los dramas sangrientos de que la plaza de Vendome y la Roquette fueron teatro en ménos de mes y medio, llega á la cuarta edicion, á la vez que se ha pedido permiso para publicar traducciones del mismo en varios idiomas: por lo mismo paréceme oportuno dar algunas explicaciones acerca del intento de esta obra y de la acogida con que el público la favorece.

Al salir de la Roquette, un solo pensamiento me preocupaba: consagrar mi vida á dar gracias á Dios por haberla salvado de los verdugos de la *Commune*, contra todas las humanas esperanzas. Sin embargo de hallarme acostumbrado á las discusiones de la prensa, tenia el propósito de no dar al público ningun escrito acerca de lo acontecido: ¡tan incapaz me sentia de poder ofrecer con la pluma una idea exacta de lo que mis ojos habian visto! La moderacion y el comedimiento me agradan en todas cosas; pero ¿cómo podria ser comedido al relatar monstruosidades y horrores de índole tal, que, á juicio de otro ocular y caracterizado testigo, M. Perny, Sacerdote de las misiones extranjeras, semejantes no se han visto en las mismas hordas de los salvajes?

Pero, apenas vuelto á la libertad y á la vida, en el largo tránsito desde mi prision á la Magdalena, observé que casi

nadie sabía y mucho ménos queria creer los asesinatos de la Roquette, por lo cual vime obligado á afirmarlos en una carta, que arrancó un grito de espanto al mundo civilizado (1). Inmediatamente me instaron con grande apremio personas distinguidas en la estimacion del público religioso, y entre ellas principalmente M. Adolfo Baudon y Monsieur Augusto Nicolás, para que diese á luz en una revista periódica la narracion de los atentados horribles consumados á mi presencia, y sobre todo de los fusilamientos de la plaza de Vendome y de las matanzas de la Roquette, primero y último acto del reinado de la *Commune*. En tanto que iba apareciendo esta narracion en el *Correspondant*, excitábaseme con creciente empeño á que publicara un volúmen que demuestre á los pueblos con la historia de los hechos, más eficaz siempre que todas las lecciones de moral, á que abismos se les precipita, cuando se confían á lenguaraces aventureros, que les predicán el olvido de Dios y el olvido del deber. Accedí á tales deseos, y la simpatía pública me ha demostrado que eran sábios y oportunos.

En la ejecucion he procurado ante todo ser exacto en el fondo y modesto en la forma; y para cumplir con las exigencias de la severidad histórica, me he limitado á referir los acontecimientos que presencié, omitiendo aquellos incidentes sobre los cuales abrigaba alguna duda. Tambien he tenido la precaucion de no leer libro alguno de los que acerca de estos sucesos tratan, para no dejarme impresionar por ningun relato ajeno, y conservar al mio un sello y carácter

(1) *Moniteur Universel*, 29 de Mayo de 1871.

enteramente personal, que espero compense el inconveniente de presentarme frecuentemente en escena, con la gran ventaja de una autoridad histórica irrecusable.

No he hallado por lo demás dificultad en mostrarme comedido en el estilo, porque me he persuadido que basta para imprimir el más infamante baldon sobre los hombres de la *Commune*, exponer simplemente sus actos y recordar la completa indiferencia que experimenté hácia sus personas, cuando dos veces fui llamado por ellos para fusilarme: así es que los periódicos que se han ocupado de mi trabajo, consignan su carácter de moderacion.

Debo añadir que las deposiciones hechas ante el tercer consejo de guerra encargado de juzgar á los hombres de la *Commune*, han confirmado hasta en sus últimos pormenores la verdad de los hechos que muchas semanas antes expuse. Compelido á comparecer despues de mi arresto ante el ciudadano Ferré, á quien veia por vez primera, pinté su persona con caracteres cuya exactitud completa vino á justificar la actitud de que hizo alarde ante los testigos y los jueces. A pesar de la emocion que debí experimentar en tan trágico momento, fui el primero que señaló su presencia en la Roquette en el acto de la ejecucion del Arzobispo de Paris y de sus compañeros de cautiverio; y testimonios irrecusables han venido á justificar y corroborar el mio.

Al referir lo acontecido en la insurreccion del sábado 27 de Mayo, que salvó la vida de los restantes rehenes, que íbamos á ser asesinados, no podia hablar sino de aquello que ocurría en la parte oriental del edificio de la Roquette; pero el procedimiento judicial ha demostrado que guardaba armonia con lo que

se verificaba en la parte occidental del mismo edificio, en las oficinas y en el exterior de la prision, en cuyos lugares no podia hallarme á la vez presente.

Uno de nuestros generales mas eminentes, que desplegó siempre en el campo de batalla un valor á toda prueba durante los diez meses de la guerra contra Prusia, del sitio de París y de la insurreccion de la *Commune*, y que á fondo conoce los acontecimientos recientes de París, tuvo á bien escribirme estas palabras: «Muy verídico es vuestro trabajo, y me ha conmovido vivamente.»

Tanto mis compañeros como los magistrados que estudiaron esos dramas horrorosos, creyeron que habria yo sacado de la Roquette notas circunstanciadas y precisas; pero olvidaban, al juzgarlo así, que no teniendo entonces esperanza alguna de escapar de entre las manos de los verdugos, mi ocupacion única era rezar, y no escribir; de tal modo, que el sábado 27 de Mayo, dia en que pude procurarme una hojita de papel, dirigí en ella el postrer adios á mis parientes y amigos.

A fin de hacer que resalte mejor el carácter histórico que me propuse dar á estas páginas, he colocado en esta cuarta edicion, á continuacion de los hechos principales que refiero, los testimonios que confirman la exactitud de aquellos, resultando algunas veces que he quedado inferior á la verdad; porque muchos, en efecto, demuestran, y tambien yo lo presumia, que en diferentes ocasiones se habia dado la orden de asesinarlos á mano armada, ó de hacernos perecer en las llamas (1).

Y deseando corresponder fielmente al pensamiento religioso y social que inspiró la publicacion de esta obrita, he

(1) Véanse con especialidad las deposiciones del Dr. Puymoyen, Vattier, Francois, etc.

conseguido fácilmente que el editor y el impresor, imitando al autor en esto, no sacaran de ella beneficio alguno.

No habiéndome sido posible escribir particularmente á todos los que se han dignado animarme en mi tarea con su aprobacion y simpatía, les ruego que admitan la expresion de mi más vivo reconocimiento, por medio de estas líneas. Debo tambien un testimonio especial de gratitud á los miembros del Clero y de la magistratura, cuyos multiplicados y muy apreciables votos vinieron á compensar mis pruebas crueles, y á demostrarme una vez más que allí en donde se agita un gran interés moral y social, está uno seguro siempre de encontrar al Sacerdote y al magistrado.

Nada, en fin, he omitido para que, tanto en el presente como en el porvenir cuantos lean este trabajo puedan decir con verdad completa: «Tal fué en 1871 la *Commune* de París.»

LAMAZOU, *Presbítero*.

París, 8 de Setiembre de 1871.

## CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—A las siete de la mañana sale de la Colegiata el Comulgario general para la cárcel y enfermos impedidos. A las nueve y cuarto misa conventual, y por la tarde á las cuatro menos cuarto minerva con sermon que predicará don José Carratalá, teniente cura de la misma. En Santa María misa mayor á las nueve. En la Virgen de Gracia misa de renovacion á las ocho y media. En las Agustinas misa de comunión á las ocho, y por la tarde á las cinco mesada de la Correa con sermon que dirá D. José Juliá, capellan de las mismas.

Miércoles.—En la Colegial por la tarde da principio el mes de María con rosario, sermon y ejercicio.

Viernes.—En las Capuchinas misa de comunión á las siete y media, y por la tarde á las cuatro y cuarto el ejercicio del Sagrado Corazon de Jesus.